

Raúl González Fabre

## Encuentro Nacional de la Sociedad Civil

# La participación

*No cabe duda del éxito del Encuentro realizado en la UCAB a convocatoria del Episcopado, si el éxito se ha de medir por la calidad de las ponencias y comentarios, o por la concurrencia de público. El Aula Magna se quedó pequeña durante seis mañanas laborables consecutivas, para escuchar en maratónicas sesiones a tres ponentes y media docena de comentaristas por sesión. Pero ello no garantiza que el Encuentro fuera realmente encuentro. ¿Hubo diálogo, o asistimos más bien a un festival de discursos paralelos? Las limitaciones en el diálogo nos muestran algunas de nuestras limitaciones como sociedad civil.*

### LOS QUE ASISTIERON AL ENCUENTRO

La nutrida concurrencia de las sesiones de la mañana —más de mil seiscientos inscritos de afuera de la Universidad— constó de una parte fija, que asistía regularmente a todas las sesiones, y de una parte variable que participó únicamente en las de su interés profesional. Sólo los primeros —del orden de la mitad del auditorio— pudieron seguir la secuencia concatenada de problemas y alternativas que el temario del Encuentro proponía. Es decir, sólo ellos pudieron establecer verdadero diálogo entre las grandes opciones económicas del país, su política social, su inserción en el contexto internacional, su modelo de participación política, la constitución del Estado de derecho, y la formación de nuestro recurso humano para todo ello. Los que prefirieron limitarse al área de su interés más inmediato —entre ellos, buena parte de los ponentes y comentaristas!— mostraron una de las limitaciones más importantes de nuestra sociedad: la incapacidad aun en sus sectores más ilustrados de una comprensión de conjunto acerca de cómo unas situaciones se ven condicionadas por otras, de tal forma que las opciones hechas en unos campos deben integrarse con opciones —y con renunciaciones— consistentes en otros. Esta dificultad para una visión de

conjunto es lo que impele a cada sector de nuestra sociedad civil a presentar sus demandas como requerimiento de la justicia más absoluta, y lo que convierte al programa político de cualquier candidato que pretenda tener opción a algo en una lista inverosímil de promesas y buenos propósitos acumulados —«cartas al Niño Jesús», decía alguien—.

### LOS QUE PARTICIPARON EN EL ENCUENTRO

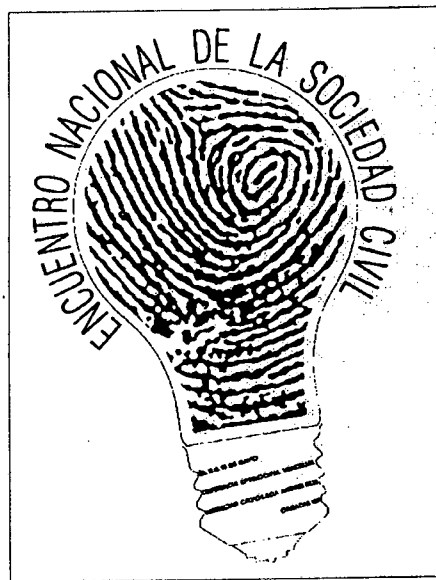
Justamente para evitar la sectorización, los organizadores del Encuentro pretendieron que éste no se agotara en las sesiones matutinas, recogidas profusamente por cámaras de televisión y reporteros. En las tardes funcionaron cuatro mesas de trabajo para la discusión de los temas tratados por la mañana. Todos podían tomar la palabra en ellas y expresar sus opiniones en un diálogo abierto. Lo primero llamativo es que sólo del orden de 250 personas participaron en estas mesas, eso sí, con gran continuidad. Notamos aquí una segunda limitación de nuestra sociedad civil, más dispuesta a escuchar expertos en orden a una síntesis personal que a elaborar la síntesis junto con otros. La dificultad de escucharnos tiene su raíz en la falta de interés por lo que tenga que decir —o lo que pueda hacer— alguien como nosotros. No hay obstáculo más serio para la articulación de las iniciativas de la sociedad civil en fuerzas políticamente relevantes, capaces de alcanzar objetivos concretos.

¿Quiénes eran estas personas que aceptaron el reto de dialogar entre sí? Principalmente, gente vinculada a las más diversas organizaciones de acción cívica: juntas de vecinos, grupos de derechos humanos, fundaciones, centros de estudios, universidades y otras organizaciones educativas... Tampoco faltaron miembros del clero, empresarios, sindicalistas, funcionarios públicos de rango medio, profesionales, estudiantes universitarios y «ciudadanos del común» preocupados por la suerte del país. Un abanico

variopinto, con indudable representatividad de esa clase media que no tiene las grandes decisiones en sus manos, pero las padece. Mucho menos relevante fue la participación de personas directamente provenientes de sectores populares, aunque se hicieron notar algunos grupos barriales y campesinos organizados, y otros de apoyo al trabajo popular. Los marginales permanecieron al margen, como no podía ser de otra manera. La proporción de participantes provenientes del interior del país en las mesas de trabajo resultó muy significativa, con lo cual las inquietudes de la Provincia quedaron recogidas para la síntesis final de consensos y disensos.

### EL DIALOGO POSIBLE

¿Fueron estas personas, los más participativos del Encuentro, capaces de dialogar entre sí? Al principio, no. Cada cual tenía una idea que expresar, y los discursos fueron muy paralelos el primer día. Pero ya para el segundo, los participantes en las mesas de trabajo acogieron la idea de emplear parte del tiempo conversando en pequeños grupos sobre el tema propuesto. Este diálogo resultó verdaderamente fecundo. Al pasar al micrófono para hablar a todos los que se encontraban en la mesa, muchos llevaban ideas consensuadas con otros, respuestas a los ponentes y comentaristas, propuestas concretas, o nuevos aspectos ignorados en la caracterización de un problema. A partir del segundo día empezaron a llegar también papeles con participaciones escritas, muchas de ellas de calidad analítica y propositiva notable. Las mesas de trabajo mostraron la posibilidad real de abrir un diálogo en nuestra sociedad civil, en que cada cual acepte modificaciones de sus ideas. De estas mesas brotaron



varias propuestas de acción concreta, algunas de las cuales empezaron a ser llevadas a cabo ya por personas que días atrás no se conocían entre sí. Resultaba imposible conversar a fondo sobre el país durante una semana sin que brotara efícamente el deseo de hacer algo. En las mesas de trabajo tuvimos el atisbo de lo que puede ser una sociedad civil capaz de articularse en sociedad política y proporcionar esperanza concreta para los problemas estructurales del país.

No olvidemos, sin embargo, que en este proceso se involucraron a lo sumo la mitad de la mitad de los participantes en el Encuentro. Y siempre habrá que restar algunos «profesionales» de estos eventos, que van a donde se da oportunidad de tomar la palabra, a exponer su visión sin mayor interés por la de otros. Tales visionarios —tres o cuatro en cada mesa— se identificaban rápidamente por su incapacidad para participar en la conversación por grupos.

La relación entre el diálogo de las mesas y las propuestas de ponentes es también digna de atención. Muy pocos de estos últimos participaron en las mesas de trabajo, ni siquiera el día correspondiente a su intervención en el Aula Magna. Ello provocó las quejas justificadas de los participantes, y resultó pedagógicamente negativo. Y también muy expresivo, pues muestra hasta qué punto los expertos apartan su interés del sentir común de la gente. Escuchar hubiera sido preciso, entre otras cosas porque la implementación de los audaces cambios de rumbo que algunos ponentes propusieron no puede hacerse si su propuesta no toma cuerpo en los sectores organizados más dinámicos y comprometidos de nuestra sociedad. ¿De dónde, si no, pretenden apoyo social para transformaciones radicales? La experiencia reciente del fracaso de un programa tecnocrático de transformación estructural que exige sacrificios a una sociedad con la que no se cuenta, debía haber enseñado algo a los técnicos. Tememos que estos sigan contando más con el poder que con la gente para llevar adelante los cambios necesarios.

Precisamente, la distancia entre las propuestas de los ponentes y el sentir de los participantes en las mesas de trabajo fue muy grande en las dos sesiones sobre la problemática económica. La imagen de los economistas se reveló mala, casi tanto como la de los políticos —de los que se habló menos, por cierto—. Su incapacidad para hacer entender lo que se pretende y la necesidad de determinados medios para alcanzarlo resultó patente. La cultura económica de nuestra sociedad civil es mucho menor que la política, la jurídica o la educativa, y ello en parte

porque los economistas siguen guardando como un secreto las claves de su saber. Claro que a esta deficiencia pedagógica, que tan cara ha salido al país, hay que añadir el arraigo profundo del esquema populista en el sentir de la gente. En las mesas de trabajo se notó que todavía somos incapaces de pensar la producción y distribución de bienes en términos económicos, de escasez de recursos y de opciones sociales entre unas y otras posibilidades. Esta es una enfermedad muy seria de nuestra sociedad civil en orden a la construcción del futuro: la mayor parte de las propuestas positivas envuelven renuncias propias reales o intereses ajenos sacrificados, que no se explicitan. Al no explicitarlos, nuestra comprensión de lo que está en juego se falsea, y la frustración por no alcanzar lo imposible —una opción sin sacrificio—, acabó convirtiendo en imposible hasta lo mejor de lo posible —opciones con los beneficios y los sacrificios repartidos justamente—.

En otras áreas distintas a la económica, la capacidad de «entrar en el tema» de los participantes fue mayor. Debe destacarse, sin embargo, la importancia de la conexión emocional entre el público y determinados ponentes, no siempre los más ricos ni los más precisos técnicamente. Nuestra sociedad civil está aquejada de un exceso de emocionalidad a la hora de plantearse alternativas a sus problemas.

### LOS QUE NO PARTICIPARON, Y EL CONFLICTO AUSENTE

Hay quienes hubieran podido participar en el Encuentro y no lo hicieron. Distinguimos aquí dos grupos, aunque con seguridad el más importante es el segundo. En primer lugar, supimos de algunos que se consideran a sí mismos abanderados de la sociedad civil —ya en virtud de sus posiciones políticas, ya de su trabajo intelectual— que pidieron tratamiento especial. No vendrían sino a ocupar la tribuna de los oradores, o si se les daba consideración VIP. No podían rebajarse a tratar con la gente normal de la sociedad civil como uno más, pedir un turno palabra en la mesa de trabajo, o escuchar a los ponentes. Los que allí estábamos, al ver a otros tan «notables» como los ausentes, sentados en el Aula Magna atendiendo con nosotros, empezamos a reconocer quiénes aceptan participar en el diálogo por el futuro, y quiénes usan el diálogo y a la sociedad civil como medio de su propia promoción de imagen. Esta situación nos alerta acerca de la emergencia de una ideología de la «sociedad civil» y la participación, que si bien puede estimular los cambios de fondo precisos en nuestra

cultura política, también puede constituirse en ocasión para el nacimiento de nuevos estilos de caudillismo, no tan distintos a los antiguos.

También faltaron en el Encuentro las cúpulas sindicales y políticas, los altos funcionarios públicos y los grandes empresarios. Con excepciones de mucha relevancia, no encontraron un hueco en sus apretadas agendas para escuchar a los técnicos ni a los demás participantes. Dejando aparte la lamentable estampa del político que asiste a media sesión a fin de ser entrevistado por los medios de comunicación presentes, es comprensible que personas sobre las que pesan grandes responsabilidades no dispongan de tanto tiempo como el Encuentro exigía.

Ello provocó, sin embargo, una situación curiosa: hubo consenso generalizado sobre la mayoría de los grandes temas tratados. Consenso entre los ponentes y comentaristas, y consenso entre los participantes en las mesas de trabajo. Siendo tan multicolor la representación de la sociedad civil allí presente, no deja de ser extraño que todos sintieran poder mejorar su situación a la vez. La mayor parte de las propuestas afectaban en forma positiva los intereses de todos los que allí estaban, simultáneamente. Por eso los consensos fueron mucho más amplios que los disensos, y la mayor parte de estos últimos parecían de índole técnica más que de fondo. Dicho abreviadamente, entre los participantes en el Encuentro había enormes campos de avance colectivo posible, sin conflicto de intereses. Y en efecto, la tónica del Encuentro fue la ausencia de conflicto entre los representantes de la sociedad civil.

Puesto que los avances deseados no ocurren, ello debe ser porque entran en conflicto con otros intereses distintos. Numerosos participantes en las mesas de trabajo, y algunos ponentes, señalaron precisamente a los grupos dirigentes empresariales, funcionariales, políticos o sindicales que no se hallaban allí, como los sustentadores de los intereses opuestos al interés común de la sociedad civil «de a pie». Grave situación ésta, en que nuestra sociedad siente que sus cúpulas dirigentes son obstáculo para transformaciones de futuro que cuentan con el consenso general.

Quizás la lectura de las conclusiones del Encuentro, que serán hechas públicas el 2 de Junio en la UCAB, ayuden a la sociedad civil venezolana a encontrarse consigo misma, y a las cúpulas dirigentes de dentro y fuera del aparato del Estado a reconocer la madurez creciente de nuestra sociedad en la identificación de sus problemas y la proposición de alternativas.